

Crítica de arte

TAMARA DÍAZ BRINGAS

Arte impío

"ECCE HOMO".

Exposición de Marisel Jiménez.

Museo de Arte y Diseño Contemporáneo, Centro Nacional de la Cultura (CENAC).

Si hay un arte que compensa y gratifica, existe también otro, imprescindible, que interroga y desestabiliza. Mucho más vivo, este último no se tiene como fin, sino que arriesga un modo de entender la vida y el mundo. Y ese riesgo es mayor cuando implica el cuestionamiento de algunas bases esenciales de nuestra cultura, como hace la más reciente propuesta de Marisel Jiménez.

Inspirada en la novela *El evangelio según Jesucristo*, de José Saramago, la muestra de la artista costarricense pone en escena la imagen de un Dios castigador y cruel. Así, una enorme instalación dispuesta al modo de un templo, incluye a su interior motivos cristianos —la cruz, la corona de espinas— en escenas de un crudo dramatismo.

Con gran fuerza metafórica, allí los pájaros figuran a la vez como autoridad y crueldad, sumisión y dolor. De ese modo, la rapacidad

de unos hace la opresión y vulnerabilidad de otros, en jerarquías de extrema desigualdad. Se trata aquí de un dios todopoderoso y vengador, pero igualmente de las relaciones humanas y sus juegos de poder. En ese sentido, el tratamiento expresionista de esas figuras —modeladas en terracota— así como su acertada disposición, contribuyen a reforzar los efectos patéticos de esos vínculos.

Ahora bien, más que las esculturas, lo verdaderamente extraordinario en esta propuesta es el manejo significativo del espacio. Si la arquitectura de un templo implica la representación que los hombres se hacen de lo divino, en la propuesta de Jiménez la disposición espacial comunica también sus ideas sobre lo divino y lo humano: un lugar aprisionante delimitado por redes, jaulas y alambres de púas: un espacio, además, que no tiene direccionalidad precisa pues

articula sus fragmentos en un recorrido arbitrario.

En ese laberinto, el espectador transita de un sitio a otro, persiguiendo los puntos de luz que lo conducen, no a una reconciliación, sino al espanto. Con una iluminación dirigida, se destacan escenas de sufrimiento y muerte, junto a otras que representan la aplastante arrogancia del poder.

Todo ello pareciera condensado en una discreta imagen que inicia o clausura el recorrido: un nido como corona de espinas. Realizado en alambre de púas, este es el sitio que ampara y lastima, que recompensa y afianza el sacrificio y el dolor.

Así, en esta propuesta de Marisel Jiménez, resulta admirable la capacidad de objetar valores culturalmente asentados, haciendo visibles los absurdos que hay en ellos. En consecuencia, más que los valores estéticos, re-



GARRETT BRITTON / PARA LA NACIÓN

Marisel Jiménez presenta la imagen de un Dios castigador, en una instalación dispuesta al modo de un templo.

sulta importante aquí una ética. Por eso no hay otra complacencia que la —nada grata— de enfrentarnos a nuestro propio desamparo. Y es que —como parece decirnos la artista— mucho más audaz y difi-

cil que construir mundos ideales, será siempre enfrentarnos a nosotros mismos. De ahí lo imprescindible de este arte que, impío, nos confronta diciendo: "He aquí al Hombre".